

## ESTUDIOS DE VIAGES.



Fiesta de la recepcion de un boyardo. Siervos de rodillas.

## LA RUSIA Y LOS RUSOS.

PALACIOS Y ALDEAS.—SEÑORES Y SIERVOS.

Propiedad señorial.—Llegada de un señor ruso á sus tierras.—Recepcion solemne.—El boyardo y el rublo de plata.—Rutina de los paisanos rusos.—Su adoracion por los hechos consumados.—Caminos de las propiedades señoriales.—Caminos del interior del imperio.—El puente demolido.—Estaciones y paradas de postas.—Mal estado y desaseo de éstas.—Accidente en la parada Schlus-selbourg.—Postes que designan las distancias.—Rapacidad de los Jemshiks.—Libro de postas.

Hénos aquí al presente á trescientas leguas de San Petersburgo. Una inmensa propiedad se estiende delante de

SEGUNDA SERIE.—1855.

nosotros. Ochenta mil arpentos en tierras, prados, jardines, parques, estanques, lagunas, pantanos, bosques secutares! Añadid en medio de todo esto, doscientas aldeas con sus casas de madera pintarrajeadas de encarnado y verde, sus iglesias con sus blancos campanarios, con sus pórticos adornados de pinturas. Esta es la propiedad de Gallizcin.

La primera vez que visité esta propiedad fué en compañía del principe Gallizcin, el mismo que me había convidado á venir á pasar con él la primavera. Difícil será dar una idea del magnífico recibimiento que nos hizo. Apenas supieron que se hallaba el señor en las tierras, cuando todos su vasallos salieron en tropel á su encuentro. Marchaban á su cabeza los *starostes* (ancianos) de cada aldea y el intendente general del señorio y patrimonio represen-

AÑO XIII. 16.

tante del príncipe. Atronaban el aire con fervientes hurras, los vestidos de los días de fiesta brillaban á los rayos del sol de primavera.

Llegados al patio de honor del castillo señorial, vimos enarbolarse el pabellón del dueño sobre la torre entre los aplausos repetidos de la multitud, después de lo cual comenzaron las arengas. Primero le tocó al intendente, después á los starostes, después á los simples paisanos. Todos estos discursos eran variaciones sobre un mismo tema y excitaron el mismo entusiasmo.

El señor, de pie sobre la meseta de la escalinata del palacio, dió las gracias á los oradores de los buenos sentimientos que le manifestaban, prometiéndoles hacer la felicidad de ellos y de sus familias, si como creía quedaba satisfecho de su conducta durante su permanencia en sus tierras.

A los discursos siguió el besamanos y el abrazo. Viejos y jóvenes se precipitaron á porfía en los brazos del príncipe Gallizoin, que los estrechó con efusión contra su corazón. En fin, el príncipe entró en las habitaciones, y la multitud alegre y gozosa organizó alrededor del castillo un baile mónico que se prolongó hasta la noche. Después dispararon cañonazos, cantaron, comieron, bebieron aguardiente, se emborracharon. Así se terminó la fiesta de la bienvenida!

Esta fiesta se celebró del mismo modo en casi todos los dominios señoriales de la Rusia, sobre todo, en los que pertenecen á las antiguas familias del imperio. Época feliz, en efecto, para los siervos rusos, es la en que los propietarios vienen momentáneamente á habitar entre ellos. Es la vuelta de un padre entre sus hijos, es el alivio de los padecimientos de los desgraciados, es el fin y el castigo de los abusos cometidos por intendentes avaros y culpables; es una nueva era de regeneración y de felicidad.

Sin embargo, un anciano boyardo, cuyos hijos he conocido, especulando con el entusiasmo de sus súbditos había convertido en ceremonia fiscal la ceremonia de su recepción. En cuanto había llegado á su palacio, instalábase en una sala espléndidamente adornada, y allí sentado en una especie de trono con la mano derecha apoyada sobre un almohadon, colocado delante de él, admitía á todos sus vasallos á que le hiciesen la corte. Estos arrastrábanse de rodillas, con los ojos bajos, hasta al trono de su amo, besaban respetuosamente su mano y depositaba cada uno en una urna de bronce que tenía un heraldo de armas, un rublo de plata (diez y seis reales). Pagado una vez este tributo, el boyardo se despojaba de todo el aparato de su dignidad y vivía en medio de los suyos afable, familiar, bienhechor, como lo habían sido siempre los miembros de su ilustre familia. Cosa singular y que denota bien el poder de los hechos consumados entre los paisanos rusos, el acto arbitrario y hasta cierto punto opresivo de que acabo de hablar, se había de tal modo infiltrado en las costumbres de los paisanos de nuestro boyardo, que sus hijos tuvieron todas las penas del mundo para poderles hacer aceptar su abolición. Por muchísimo tiempo vinieron delante de ellos con su rublo en la mano y no podía quitárseles de la cabeza, que el rehusarlo era una prueba de que sus jóvenes señores no hacían caso de su homenaje.

Lo que admira sobre todo, en la propiedad de un señor ruso, es el excelente estado de los caminos. Parecen calles

de un parque, cubiertas de césped con árboles verdes al lado. Los caminos son un lujo indispensable del señor ruso. Sin embargo, esta hermosa conservación de los caminos no se extiende más allá de las cuatro ó cinco aldeas que rodean la residencia señorial. Fuera de este límite aun cuando por la ley están obligados los propietarios, se cuidan muy poco de los caminos públicos. Así es, que el camino que conduce desde San Petersburgo á la frontera de Finlandia y todos los demás de la superficie del imperio, son horribles. Es preciso exceptuar las tres calzadas imperiales de San Petersburgo á Moscou, de Moscou á Nijni Novgorod, y de Moscou á Toula. Fuera de estos no hay verdaderamente caminos. En efecto, no puede darse este nombre á líneas de una anchura indefinida, cubiertas frecuentemente de una arena profunda, ó de un barro espeso, surcadas de bosques impenetrables y cortadas en mil puntos por puentes de madera móviles y groseramente trabajados.

Lo que admira al viajero extranjero que recorre la Rusia, es la seguridad que se goza en estos caminos desiertos: es aun más, la certidumbre casi infalible de encontrar socorros en ellos, en caso de peligro. A cualquiera hora del día ó de la noche que suceda un accidente, no hay más que dar un grito, é inmediatamente se ven salir como del centro de la tierra cinco ó seis paisanos armados con hachas que se apresuran á socorrer y ayudar á uno con la mejor voluntad del mundo.

Un día en que yo iba de San Petersburgo á Jaroslaff, me embarranqué en un camino tan arenoso que no bastaban ocho caballos para hacer tirar de mi ligera carretela. Cerca de un puente de madera la carretela se hundió en la arena hasta la caja. Creíame perdido. Mi cocheró y mi criado gritaban pidiendo socorro, no había apariencia de que pudieran ser oídos en medio de un vasto bosque y lejos de toda humana habitación.

Sin embargo, con gran sorpresa mía, al cabo de un cuarto de hora vi venir corriendo hacia mi cuatro paisanos. Hallábanse cubiertos de sudor.

—¿Schto ta koi? ¿Schto ta koi? (¿Qué hay? ¿qué hay?) preguntaron.

Les enseñé con aire suplicante mi carretela enterrada en la arena.

—¡Nitchevo! ¡Nitchevo! (¡No es nada!)

Y tirando de una hacha que llevaban en la cintura, pusieron mis cuatro hombres á desmontar los parapetos del puente que teníamos delante para servirse de los maderos como de una palanca.

Cinco minutos después, mi pobre carretela se hallaba completamente desembarazada y en disposición de continuar su camino. Diles una buena propina á mis valientes salvadores, que después de haber vuelto á colocar los parapetos del puente que habían quitado se volvieron alegremente á sus trabajos.

El mal estado de los caminos, no es la sola incomodidad del viajero en el interior de Rusia. Sábese lo que valen allí las estaciones ó paradas de postas, posadas devastadas, faltas de todo, donde la abstinencia está á la orden del día, donde por cama no hay más que el duro suelo y por colchon una porción de paja. Acuérdomé de haber bebido en una de estas paradas vino de Jerez que llevaba entre mis provisiones en una taza rota que había servido á

muchas generaciones. ¡Qué de noches he pasado tendido sobre el suelo revuelto con mis equipages y cinco ó seis viajeros apretados los unos contra los otros y devorados por una plaga de insectos! ¡Qué abominable olor, qué indecible porquería y qué sofocante atmósfera! Concibo perfectamente por que los señores rusos no se aventuran á viajar en el interior de su país sino llevando consigo una casa completa, es decir, cocineros, criados, camas, almohadones, víveres y bebidas de toda especie. Pobre del extranjero que no tiene todo este lujo á su disposición. No puede sustraerse al suplicio de las posadas, sino tomando en su mano el baculo del Judío errante y marchando, marchando, sin tregua ni descanso.

Este suplicio habitual, casi normal, se agrava frecuentemente por accidentes desagradables.

Volvía yo un día del lago Onega. Comenzaba la estación del invierno: hacía doce grados de frío: había pasado dos días y dos noches en el carruaje: me hallaba completamente helado.

Al aproximarme á la parada de Schlüsselbourg, me alegraba con la esperanza de calentarme un poco. Esta parada es, en efecto, una escepcion en su clase: es grande, cómoda y si no se encuentran en ella grandes recursos para la vida, se puede al menos comer con asco las provisiones que uno lleva.

Hacia galopar con desapiadada crueldad á mis caballos. Al fin llegué. Eran las dos de la madrugada.

¡Oh dolor! las salas de la estación se hallaban desiertas, ni luz, ni fuego, todo en silencio y con un frío insoportable.

—¡*Maltchik!* ¡*Maltchik!* ¡*Mozo!* ¡*Mozo!*!

Una voz medio dormida salió de debajo de unas pieles de carnero que había en el suelo.

—¡*Seichass!* ¡*Voy corriendo!*!

La palabra *Seichass*, es de todas las palabras rusas la que ordinariamente hace aguardar á uno mas.

Aguardé un cuarto de hora. Tiritaba de frío y tenía hambre y sed.

Cuando se hubo levantado el mozo y encendido una mala lámpara.

—Pronto, le dije, fuego y té.

—¡*Ni mogena!* ¡*Imposible!*!

—¿Cómo imposible?

—Si, todas las chimeneas están rotas, y es preciso dos días para componerlas.

—¡*Dourak!* ¡*Imbecil!*! le respondí con mal humor.

—Ya vé V. E., me respondió saludándome profundamente, antes de ayer hacía mucho calor, y cuando las chimeneas estén compuestas hará mas aun.

—¿Qué me importa á mi que hiciese calor ayer, y que haga calor mañana! lo que necesito ahora es fuego. Traeme un *samovar*.

El *samovar* es una especie de cafetera grande cuyo calor despide tanta intensidad, que puede en caso de necesidad reemplazar una chimenea.

—¡*Nimogena!* volvíome á contestar el mozo.

—¿Por qué?

—Se ha gastado todo el carbon y no hay medio de calentar el *samovar*: solo puedo ofrecer á V. E. una tetera y un poco de agua caliente.

—¡Agua caliente! ¿con qué tienes fuego, miserable?

—No, es con espíritu de vino....

—Está bien, está bien: ¡cállate!

Y me resigné furioso. Tragué lo mas pronto posible, paré no dar tiempo á que se enfriasen, siete ú ocho tazas de té. Emboceme muy bien en mi capa forrada de pieles, y traté de dormir sobre un sofá de madera.

De una parada á otra se encuentran en los caminos de Rusia una serie de altos postes, pintados con los colores del imperio, con una doble inscripcion por un lado del número de verstas que hay de la estación de que se ha salido y por el otro con el número de verstas que faltan hasta llegar á la próxima parada. Estas indicaciones son muy cómodas y distraen en cierto modo lo largo y monótono del camino.

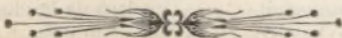
Un medio excelente de abreviar lo largo y monótono del camino es llevar un cochero propio y enviar delante un postillon para preparar los caballos.

El cochero propio no teniendo ningun interes en cuidar las bestias, saca de ellas todo el partido posible, mientras que el cochero que se toma en la parada es por lo regular el propietario de estas mismas bestias, y las trata con un cuidado y con una indulgencia de que es víctima el pobre viajero. En cuanto al postillon que se envia por delante, es indispensable en los caminos muy frecuentados. Sin esta precaucion se corre mucho riesgo de no encontrar caballos en las paradas y perder muchísimo tiempo aguardando que lleguen los que acaban de servir. Es preciso decir tambien, que esta falta de caballos, frecuentemente es una mentira. Es una picardía del *Jemschik* (maestro de postas) cuya cruel rapacidad especula sobre la bolsa del viajero.

En vano se oye relinchar los caballos en la cuadra, responde imperturbablemente que no los tiene, hasta que cansado, fatigado, consiente el viajero en aumentar el precio de la tarifa legal, haciendo brillar ante sus ojos algunas monedas. Entonces el *Jemschik*, se convierte en el mas servicial de los hombres, busca los mejores caballos y lo dispone todo con la mayor presteza y mejor voluntad.

Sin embargo, como en Rusia se halla siempre el remedio al lado de abuso, es libre el viajero, despues de haber sido estafado por el *Jemschik* de hacerle sufrir la pena. Para esto basta anotarlo en el libro de postas.

Este libro pasa en ciertas épocas á la policía, que hace justicia y corrige los abusos que hay anotados en él. Para evitar el fraude ó la interpolacion ú arranque de hojas por parte del maestro de postas ó de los viajeros, el libro tiene timbradas todas las hojas, y ademas está sujeto en un cuadro sellado con las armas del imperio, colocado sobre una mesa de la parada.



## ESTUDIOS RECREATIVOS.

## EL BANDIDO Ó LA GAPA ROJA.

## I.

La vida es una continuada serie de deseos y pesares, una cadena dura, pesada, inevitable, cuyos eslabones dejan en el alma crueles y sangrientas señales. Tres puntos resumen toda la vida del hombre: lo pasado, lo presente y el porvenir. El tiempo se presenta velocísimo en la carrera, huye de nosotros, sin que nada baste á detenerlo. El pasado, bien nos recuerde placeres ó pesares, es un tormento. El porvenir excita en nosotros deseos, temores, inquietudes, y nos hace concebir proyectos que un triste desengaño viene después á destruir. Nada queda al hombre más que un inquieto vacío en el alma, vacío que no ocupa ni la fortuna ni el amor; abismo insondable abierto por el Criador, y que solo su mano poderosa puede llenar.

Eduardo Mendoza apenas había salido del colegio con los primeros sueños de amor que forma el hombre al entrar en la juventud, había creído encontrar el corazón de una mujer que adivinase, que comprendiese el suyo. Sencillo y crédulo, su vista se había fijado sobre una mujer hermosa, cuya alma apacible, parecía tranquila como la superficie del mar en una noche de calma, pero engañadora como él. Verla y amarla frenéticamente fué obra de un solo instante. Eran los primores amores de Mendoza. Veinte años contaba apenas, y ya en su frente ancha y hermosa se veía la arruga que el dolor con su pesada mano había grabado. Luisa, el objeto de su pasión, había escuchado afable la declaración de su amor, lo había alimentado con lisongeras esperanzas, al mismo tiempo que concertaba su enlace con un empleado superior de la corte del rey Carlos III. Luisa fué la mujer de un enviado á la corte de Portugal. ¡Maldición sobre las mujeres que sin piedad juegan con el amor del hombre, y destrozan con placer su corazón, como destroza un niño un juguete después que le ha divertido un rato!

Gloria, felicidad, renombre, todo desapareció por Eduardo. Confiado en su amor, en sus fuerzas, ardiendo el corazón en el fuego sagrado del genio, quería no deber sino á sí solo el porvenir.... ¡Pobre joven, el amor le había vendido!

Su alma abatida en vano buscaba las inspiraciones del arte.... Era pintor... rompió sus pinceles... ¡Cuántas veces estuvo á punto de terminar con su persona y desgraciada existencia! La vista de los lugares, testigos un tiempo de su amor, oprimía su corazón, y fué, pues, á otros reinos á buscar alivio á su dolor. Diez años empleó en recorrer la Francia, la Holanda y la Alemania. Disminuido su escaso patrimonio, volvió á tomar los pinceles, y mas de una vez halló en las inspiraciones del arte alivio á su pesar, y un medio de continuar sus viajes. Quiso terminarlos visitando detenidamente la Italia, que tantas glorias revela con el mudo lenguaje de sus ruinas, con la elocuencia de sus sepulcros, con la vista de tantos suntuosos monumentos, que á despecho del tiempo y de la seguridad de los bárbaros, han llegado hasta nosotros. Mendoza se hallaba en Nápoles. Había ido una tarde á contemplar el Vesubio que presen-

taba un espectáculo sorprendente. A la caída de la tarde el volcan, coronado de un turbante de espeso y negro humo, dejaba correr sobre sus espaldas un río de fuego, color de sangre, enfrente del sol; Vesubio eterno, que como contraste bajaba á extinguir sus fuegos en el mar para ir á esparcir sus luces á las costas de Occidente. La luna, dulce y tranquila, se alzaba en medio de las nubes como una conciliadora entre los dos gigantes, de fuego destructor el uno, fecundo y creador el otro.

Era ya de noche cuando Mendoza con un hombre que le acompañaba, soltando la brida á su caballo, le dejaba marchar á su voluntad por la orilla del mar, contemplando el sombrío espectáculo que la naturaleza le presentaba en aquellos campos vestidos de una vegetación hermosa y lozana.

Era muy tarde, y poco frecuentado el camino.

—Ya tal vez se habrán cerrado las puertas de Nápoles, tal vez tendremos que quedarnos en alguna de las casas de las afueras, dijo Mendoza á su compañero.

—Culpa vuestra es, señor mío, creí que no ibais á acabar en toda la noche de tomar notas y pintar en vuestra cartera un árbol, un arroyuelo. Todo os detiene y es preciso calcular el tiempo; en vano os he dado priesa... nada... ni me escuchabais. ¡Bios quiera no nos cueste cara vuestra escensiva curiosidad!

—Amigo, yo viajo para ver, para conocer las cosas. ¿Tendrais miedo?

—En buena tierra estamos; nunca faltan robos y asesinatos por mas que la justicia anda lista.

—El único miedo que yo tengo es el de tener que dormir á la luna; pero mira que hermosa, qué diáfana se ostenta en la bóveda de los cielos, es una vista bellísima, eminentemente romántica.

—Yo prefiero un techo cualesquiera y una mala cama, á esta posición romántica. Naturalmente soy poco romántico, y particularmente de noche.

En esta conversación estaban los dos caminantes, cuando de entre unos árboles vieron salir á un hombre embozado en una capa y con un bulto debajo del brazo.

—Alguien viene, dijo sobresaltado el compañero de Mendoza, que ya habrán conocido mis lectores que no era muy valiente.

—Si, contesto Mendoza, es un hombre; y paró su caballo para observar.

El hombre embozado se dirigia al mar, cuando antes de llegar á su orilla se vió acometido por otros cuatro que salieron de entre unos peñascales que había inmediatos.

El embozado saca su espada, se defiende contra los cuatro, que furiosos y en distintas direcciones le acometen, é indudablemente hubiera perecido sin el auxilio de Mendoza.

—Socorramos, dijo éste á su compañero, á aquel infeliz que va á ser víctima de esos cobardes asesinos.

—¡Dios nos libre! respondió aquel lleno de miedo, ¡por la madona de Posilipo, no os metais en lo que no os importa! señor, huyamos! y se alejó á todo correr el italiano.

Mendoza era español, desenvaina su espada, mete espuelas á su caballo, y en breve se coloca entre los comba-

gientes. Los cuatro que acometieron al embozado intentan huir al ver este imprevisto socorro, pero el embozado que era hombre de valor, los corta en su fuga, y uno despues de otro los deja tendidos en la arena.

Los muertos eran ministros del justicia mayor de Nápoles.

El embozado se vuelve despues á Mendoza.

—¡Jóven generoso, le dice, has salvado mi vida, yo velaré desde hoy mas sobre la tuya! Cúbrete con esta capa, toma este bolsillo lleno de oro, sal inmediatamente de Italia, una hora mas en el territorio de Nápoles, compromete tu existencia. Vuelve inmediatamente á tu patria, peligros sin cuento te aguardan en el camino, pero embozado en esta capa todos los vencerás. Mi reconocimiento, mi gratitud, te acompañará. Dentro de cinco años te aguardo en Roma, en la plaza del Vaticano.... No faltes á la cita. Adios, va á amanecer muy pronto. Dentro de dos horas los esbirros de Nápoles estarán en tu busca y habrán pregonado tu cabeza.

Dió un fuerte silbido, y una barca conducida por dos remeros llegó á la orilla, saltó ligero en ella y á fuerza de remo se alejó de la playa, diciendo á lo lejos estas palabras que casi se perdian con el ruido de las olas en medio del silencio de la noche:

—Dentro de cinco años.... en la plaza del Vaticano!...

Mendoza, apenas vuelto en sí de la sorpresa, solo, en medio de cuatro ensangrentados cadáveres, con un bolsillo lleno de oro, tembló aparecer como un infame ladron, como un vil asesino, se embozó en la capa que habia recibido del hombre á quien habia librado la vida, y cuyo nombre ignoraba. La brisa del mar, el aire de la mañana, el movimiento de terror que le habia ocasionado tan imprevisto y extraordinario suceso, le hicie on sentir un frio intenso, un frio como el que precede á la entrada de la fiebre. Se abrigó con la capa que era de unos colores particulares. El paño era encarnado, los embozos de terciopelo celeste. Se alejó de Nápoles, adonde un momento antes se dirigia, y el día le sorprendió en el camino, pálido, triste, devorado de siniestros pensamientos, y resonando aun en sus oidos las ininteligibles palabras del desconocido.

Dentro de cinco años... en Roma, en la plaza del Vaticano.

Recorrió veloz y fugitivo aquellos mismos paises que meses antes le habian detenido como artista; y lejos de ver en ellos las bellezas de la naturaleza y del genio del hombre, solo miraba en cada edificio una cárcel sombría, en cada habitante un perseguidor. El sonido de las campanas que llamaban á los fieles á la oracion, era para su oido la lúgubre señal de la agonía del reo que espira en el patíbulo.

Mendoza atravesó por medio de algunas pequeñas poblaciones, y á su vista los habitantes aterrados cerraban las puertas de sus casas, huian y le dejaban el paso libre. Mendoza aprovecha el terror que inspira, muda de caballos, se provee de víveres en varias partes, y en breve se ve lejos, muy lejos de Nápoles.

A los dos dias cansado, rendido de fatiga, se interna en el bosque para dormir un momento. Embozado en su capa se tendió en el suelo, y apenas empezaba á disfrutar la dulzura del sueño, cuando dos hombres mal carados, de alta estatura, armados de pies á cabeza, salieron de la espesura y le despertaron.

—¡Genaro! dijo uno de ellos dirigiéndose á Mendoza, hemos sabido al momento tu peligro y tu fuga. Compañeros fieles te defenderemos hasta morir. Todo está previsto, tu teniente Jorge ha colocado hasta los desfiladeros de los Alpes la gente, y protegerán tu fuga. Jorge y los demas amigos sienten ¡vive Cristo! que te hayas obstinado en dejarnos pero siempre honrados, siempre agradecidos, nos encargan te entregemos este sable prenda de nuestra gratitud.

Mendoza se creia en uno de aquellos lances de encantadores que refieren los cuentos de las Mil y una noches, tomó el sable, que era una magnífica hoja de Damasco con un riquísimo puño de oro.

—Marcha inmediatamente, le dijeron los dos desconocidos, ¡mañana sin duda serás atacado en la villa de Lanuria! No tentas nada, tus amigos te salvarán.

Asustado con este nuevo aviso vuelve á montar á caballo, echa á correr, y apenas divisaba las torres del pueblo de Lanuria, cuando de repente se ve cercado por una multitud de soldados, que embozados le aguardaban á los dos lados del camino. El gefe le intima la rendicion.

—¡Ríndete, Genaro! no quiero manchar mis armas en tu sangre infame.

Mendoza le hiere con su espada, intenta romper metiendo espuelas al caballo, por el círculo que la tropa habia formado en su derredor, y por entre un diluvio de balas escapa, pero su caballo herido de un tiro cae al suelo; los soldados cargan sobre él, é infaliblemente hubiera perecido á no haber ganado en aquel mismo momento la altura de un peñasco, desde donde agitando su capa con la punta del sable como una bandera, vió llegar á la carrera una multitud de hombres á caballo, que haciendo una descarga cerada sobre la tropa la dispersaron completamente, y salvaron la vida de su pretendido capitán.

Mendoza, milagrosamente libre de este nuevo peligro, continuó rápidamente su camino, pasó los Alpes y llegó á Francia. Guardó cuidadosamente la capa que le habia dado el misterioso Genaro, y se dispuso á volver á España, do donde faltaba hacia diez años.

La agitacion que habian producido en su alma los últimos sucesos aun no empezaba á calmarse; las ideas exaltadas de sus antiguos amores empezaban á revivir en él, cuando una noche en Bayona, un hombre fue á buscarle á la fonda donde se hallaba alojado.

Mendoza no conocia á nadie en aquella ciudad, á donde habia llegado hacia dos dias, y al siguiente debia marchar para España. Era un comerciante de los mas ricos de Bayona el que le buscaba.

—Caballero, le dijo, un personage me ha encargado os entregue estos trescientos mil francos que ayer puso en mi casa, vedlos aqui en buenas letras de cambio. Aqui teneis tambien una carta que probablemente será el aviso. Dadme un recibo para poder acreditar el pago. Mendoza rehusó aceptar un dinero, fruto tal vez de sangrientos robos, de odiosos impuestos sobre los pueblos. Insistió el banquero, y Mendoza, que no se hallaba muy sobrado de recursos despues de tantos viages, y que habia dejado su poco equipage en Nápoles, aceptó, dió su recibo, y abrió despues la carta, en la que únicamente estaban escritas estas palabras:

«Dentro de cinco años en Roma, en la plaza del Vaticano, el 15 de agosto.»

## II.

Mendoza era un artista, que los pesares del corazón habían desterrado de su patria; al volver á ella se encontró rico, muy rico, y aunque al principio le costaba trabajo salir de la medianía en que siempre había vivido, al fin se acostumbró á las riquezas que para él eran como llovidas del cielo.

Raro era el año en que por medios desconocidos y siempre distintos no recibía una gruesa suma de dinero y una carta, siempre reducida á las tres palabras misteriosas que oyó por primera vez pronunciar en las inmediaciones de Nápoles.

Iba á espirar el término fijado por el proscripto Genaro, iban á cumplirse los cinco años, y Mendoza volvió á Italia, no ya caballero en una mula ó un mal caballo de alquiler como la vez primera, sino como un rico personaje en posita, con carruaje propio y haciendo preparar con anticipación su alojamiento en los hoteles de Francia y las fondas de Italia.

Llegó á Roma en los primeros días de agosto.

Aguardó con impaciencia el día de la Asunción, día que se le hizo estremadamente largo, y cuya noche tardó tanto para su impaciencia en llegar. No se oía el menor rumor, todo en Roma descansaba; las luces que brillaban al través de las ventanas y balcones se habían ido sucesivamente apagando; la espaciosa plaza del Vaticano se hallaba enteramente sola; el obelisco alzado por Fontana parecía un gigante inmenso en medio de las sombras de la noche. La campana del Vaticano dió tres golpes sonoros, cuya vibración se extendió en el silencio por toda la ciudad, y los vigilantes nocturnos anunciaron con ronca voz al dormido vecindario las tres de la noche...

Ya Mendoza desesperaba de encontrar al misterioso desconocido, cuando un hombre alto, embozado en una capa negra, se dirigió al atrio del Vaticano.

Mendoza se acercó á él y pronunció estas palabras:

—Dentro de cinco años... en Roma... en la plaza del Vaticano.

El desconocido se arrojó en sus brazos, le llevó á su casa, donde despues de haberle presentado Mendoza la capa y algunas de sus cartas, le dijo:

—Jóven español, vuestra exactitud iguala á vuestro valor; voy á daros cuenta de mis acciones, y vereis á dónde conduce el fanatismo del amor y de la ambición.

—¡Ay! exclamó Mendoza, que sintió renovarse en su corazón la mal cicatrizada llaga del amor. Yo también he vagado por Europa huyendo víctima de una pasión que la ausencia y el tiempo no han bastado á borrar del alma.

—Soy hijo de un pescador, pero dentro de mí sentía un corazón que me llamaba á otra carrera, á mas noble ocupación que tender las redes en las orillas del Arno. Hui muy jóven de la casa paterna, y con genio para aprender todas las profesiones nunca he conocido la miseria. Cicerone en Roma, artista en Francia, soldado en España, marinero en Portugal, el amor decidió de mi suerte en Lisboa. En la fragata Concepción, de que era piloto, se embarcaban para Nápoles á desempeñar una misión diplomática importante un personaje español, con su esposa cuya belleza me hubiera deslumbrado á no llevar en su compañía una hija de él, que á su estremada juventud reunía el can-

dor, la hermosura de un ángel. Varias veces durante la travesía tuve la dicha de dar la mano á Leonor al ayudarla á subir desde su cámara á la cubierta del buque. Un día que al anochecer se paseaba sola con una criada sobre cubierta, me aproximé á ella y la descubrí la violencia de mi pasión, que debieron mucho antes de haberla revelado mis ojos. Me despidió sin esperanza, me prohibió presentarme ante su vista; su repulsa me anonadó, pero sin embargo, noté que sus ojos no habían podido reprimir una lágrima al anunciarme la fatal sentencia.

Conoció la bajeza de mi existencia: que el oro, la riqueza es la que realza al hombre, la que le promete aspirar á todo. Adopté una resolución firme, enérgica, desesperada: Hombre de bien, ciudadano útil, piloto inteligente, había sido despreciado, no era digno de pertenecer á una noble familia... Busqué con la punta de mi espada las riquezas que debían abrirme el camino del amor, de los honores, de la felicidad. Desembarcado en Nápoles abandoné la marina, y sin mas equipage que una capa encarnada que tenía y un puñal, me dirigí á la falda de los Alpes. Allí una tropa considerable de bandidos se había reunido. Mil veces estuve á pique de perecer en el camino á sus manos. Me presenté á ellos, me anuncié como un oficial napolitano proscripto por la venganza, les ofrecí mi experiencia, mis talentos, mi espada, reclamé en cambio el puesto mas peligroso en el combate. En breve me aclamaron por su capitán. Yo introduje en ellos la mas severa disciplina, regulé las operaciones, coloqué en escalones mis fuerzas en una estension considerable, y al cabo de algunos años se oía con terror en Lombardia, en Roma, en Nápoles, en Venecia, el nombre del hombre de la capa encarnada. El nombre del capitán Genaro bastaba para cobrar un impuesto, para hacer huir un batallón entero. La suerte coronó mis esfuerzos. Algunas veces tuve la audacia de presentarme en Nápoles á los ojos de la interesante Leonor, pero no cual pobre y modesto piloto, sino cual un rico caballero italiano. Mi vigilancia ha seguido constante sus pasos. Dos veces pensaron sus padres en su himeneo... Dos veces la muerte precipitó en el sepulcro á mis rivales. Mis riquezas inmensas las tenía reunidas en una casa cerca de Nápoles. La vida del pillage me era ya intolerable; los estados todos de Italia se habían conjurado contra mí, mi cabeza había sido puesta á precio y se ofrecía perdon al cómplice que me entregase. Resolví retirarme: intentaba trasportar á Civitavecchia y de allí á Roma mis tesoros. Dos hombres de mi confianza me ayudaron veinte noches seguidas á trasportarlos á un buque. En la última iba yo á embarcarme con ellos cuando estuve á pique de morir... vos sabeis lo demas.

—Me cubristeis con esa fatal capa, que semejante á la vestidura de Neso, debía causar la muerte al que la llevase.

—Contaba con el terror de mi nombre, con la fidelidad de mis compañeros, con vuestro valor y sobre todo con vuestra inocencia.

Cinco años eran precisos para mi establecimiento: ese fué el plazo de mi cita. Habeis concurrido á ella, complacéis en vuestra obra. Esposo de la muger que adoro, y cuyo padre, lleno de honor y distinciones ha muerto hace cinco años, vivo en este palacio con su madre, á quien respeto y amo como tal. Buen padre, buen esposo y buen ciudadano, trato de borrar los errores de mi juventud, y haciendo bien á mis semejantes merecer el perdon del cielo.

En esta conversacion se pasó el resto de la noche.

A la mañana siguiente Genaro presentó á su amigo y salvador á su esposa y á su suegra.

Mendoza dió un grito de sorpresa al reconocer en la madrastra de la esposa de Genaro al objeto de su amor, á la

causa de tantos años de melancolía, á la amable Luisa.

Cuatro meses despues Mendoza se habia casado con la madrastra de la esposa de Genaro, y bendijo la capa encarnada que por tan extraordinarios rodeos le habia conducido al logro de su amor.

EL CONDE DE FABRAUER.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### LOS MONOS.

#### EL GORILLO (GORILLA GINA).

Lineo, probablemente en un acceso de misantropía, concedió un día el nombre de hombre á las grandes clases de monos. Al lado del *homo-sapiens*, dotado de razon, introdujo el *homo-troglodita*, el *homo-satirus*, el *homo-lar*, etc., y de todos estos *homos* formó la clase de los *primates*, los primados en la animalidad. Por fortuna, la ciencia moderna, ha tenido cuidado de revocar esta triste concesion y sacar al hombre dotado de razon de tan mala compañía. Buffon y Cuvier, han demostrado que si el mono goza como nosotros de la preciosa facultad de oponer el dedo pulgar de su mano á los otros dedos, si le es dado tambien valerse de los dedos de sus pies, en cambio no se mantiene de pie derecho como el hombre, sino con dificultad y nunca sólidamente. Jamás la planta de su pie reposa de llano como la nuestra y solamente por sus bordes esteriorez toca al suelo, de modo que á decir verdad, no es un pie, sino mas bien un segundo ejemplar de la mano, y por consecuencia, su innoble poseedor debe ser marcado con el nombre de cuadrumano. Queda por consiguiente en lo sucesivo el hombre reinstalado sin oposicion sobre el trono á que le dan derecho la planta tan firme de su incomparable pie.

Pasando revista Cuvier á los restos fósiles, por los que su poderoso genio reconstruyó las especies perdidas de mamíferos, habia hecho notar que no habia encontrado entre ellos ningun hueso de mono, aunque fuese de una especie perdida: sin embargo, no ha añadido como han pretendido hacerle decir muchos autores, que tampoco deberian hallarse mas tarde. Y en efecto, en 1857 Mr. Lartet, del departamento de Jers, fué bastante afortunado para descubrir el resto de huesos de un mono antediluviano en los terrenos donde se encuentran los de Mastodontes, Rinocerontes, etc. Mr. Paulo Gervais ha tenido la misma buena suerte en el departamento de Herault: tesoros del mismo género han sido encontrados por el afán y celo de otros sabios, en Inglaterra, en Grecia y en Asia. Decididamente la existencia del mono sobre nuestro globo, está probado que es anterior á la última revolucion geológica. Ha sido el contemporáneo del vulgo de los animales. Entre la creacion del mono y la del hombre paróse Dios. Es preciso decir con Buffon, el hombre es la última obra del Creador, así como es la mas perfecta.

¡Destino singular el del mono! el hombre ha comenzado por temblar delante de él á tal punto, que el terror hizo que lo adorase mas de un pueblo civilizado. El mono pasó por un dios en la India y en el antiguo Egipto. Entre los geroglíficos egipcios, el mono *Hamadrias* llamado tambien

*Tartarin*, figura como el emblema del segundo *Hermes* ó dios *Toth*, inventor del arte de escribir. Horapolon, cuenta que cada vez que llevaban uno de estos monos á los templos, el sacerdote le presentaba una tablita, una caña y tinta, á fin de reconocer si era realmente de la familia sabia. El mono es representado tambien teniendo en sus manos la balanza y ejerciendo las terribles funciones de pesar en ella las almas en calidad de supremo juez. El hombre deferia al mono, la decision del porvenir de su alma inmortal. En los monumentos el *Hamadrias*, fácilmente se le reconoce en su largo hocico, en los largos pelos de su cabeza y de sus espaldas cuya masa ofrece el aspecto de una peluca y ha servido de modelo al peinado de muchos dignatarios en las naciones humanas. Tal es al menos, la opinion de un erudito aleman, Mr. Hehrenberg, con perdon de los magistrados y cocheros de la vieja Inglaterra, obstinados aun solos en conservar tan extraordinario peinado.

Aun hoy la leyenda religiosa de la India, hace de la especie de mono en *Telle*, que se llama en el pais *Hovlman*, un héroe á quien se debe la *manzana*, fruto precioso que robó en los famosos jardines del terrible gigante establecido en Ceilan. El habitante de la baja Bengala, que aquel mono visita en invierno, lo acoge con veneracion y se da por muy honrado y bendito cuando se digna destrozar su jardin ó huerto con preferencia al del vecino. Cuenta monsieur Duvancel, que habiendo amenazado un día con su fusil hacer fuego á uno de aquellos animales, cuya piel le parecia buena para figurar en una coleccion, los habitantes todos se precipitaron en tropel delante de él á contenerle, alarmados é indignados hasta el último punto.

Cuando nuestros viajeros de la Europa moderna, comenzaron á explorar las costas de Africa y las islas de las Indias Orientales, les sucedió (lo que no habia sucedido mas que á un solo navegante antiguo, el almirante cartaginés Hannon) que encontraron monos pertenecientes á las grandes especies, sea el chimpanzo, que tiene mucha semejanza con el hombre, sea el orangután, que las gentes de calidad cazan en la isla de Borneo, así como nosotros cazamos los ciervos, y sobre todo, encontraron el terrible Gorillo, que reúne á la talla de un hombre corpulento, músculos enormes en gordura, animal que muchos hombres tendrian trabajo en derribar al suelo. Los europeos, no les hicieron como los antiguos el honor de tomarlos por dioses, sino por algunas criaturas humanas, degeneradas hasta el estado salvaje y en una completa degradacion. Bien pronto despues Shakspeare recogiendo las narraciones y cuentos simples de los marineros, imaginó poetizar estos animales. Pintó en su drama de la *Tempestad* al hombre sabio, próspero, instruido en el arte de la magia y haciéndose obedecer de dos servidores: Ariel, que pertenece al mundo de los espíritus, tipo de la fuerza moral, y el bestial Caliban, tipo del hom-



bre degenerado, representante de la fuerza material, inclinado á solo sus brutales apetitos. En el Caliban del poeta fácilmente se reconoce al Gorillo, al hombre de los bosques, como se decía entonces, que solo ha conservado de hombre la forma.

Las habitaciones de los gorillos y otros grandes monos, consisten en algunos palos que disponen en forma de piso entre las horquillas que presentan las ramas de los árboles

cristiana se mostró por muy largo tiempo tan severa sobre este punto como las religiones de la antigüedad. Una bula del papa Bonifacio VIII, condena el uso que poco á poco se había ido introduciendo de hacer pedazos los restos mortales de los príncipes ú otros personajes célebres constituidos en dignidad, para hacerlos cocer, consumir las carnes y trasportar los huesos á países lejanos. El papa califica esta costumbre de detestable barbarie, la prohíbe



El Gorillo.

y sobre las que arreglan con hojas una especie de techo para preservarse de las lluvias.

El primer uso útil que el hombre hizo del mono fué disecarlo. El espíritu religioso predicaba en otro tiempo, el mas grande, el mas riguroso respeto por los restos humanos. Galeno habia establecido su anatomia del hombre, sobre los restos disecados del mono, cuerpo bastante parecido al en que habia habitado el alma humana. La religion

absolutamente bajo pena de excomunion contra los que la practiquen, y privacion de sepultura eclesiastica á los cuerpos asi despedazados. El objeto principal de la bula era combatir el espíritu de los novadores en materia de ciencia que medio siglo antes habian conseguido por sorpresa del emperador Federico II, grande enemigo del pontificado, diese un decreto prohibiendo el ejercicio de la medicina al que no probase haber estudiado anatomia sobre el cadáver

humano. Para este estudio servian los cadáveres de los reos ajusticiados. Cuando al fin, en el siglo XVI, se mostró mas tolerante la Iglesia, y Vesal, el celebre médico de Felipe II, rey de España, publicó su libro *De corporis humani fabrica*, resultado de largos estudios anatómicos hechos sobre el hombre mismo, hizo notar mas de un error de Galeno, que no habia estudiado sino sobre los monos y casi siempre sobre figuras de éstos. Sucedió una cosa muy graciosa, y es que la mayor parte de los médicos se irritaron, tomaron calorosamente el partido de Galeno, y pretendieron que no era aquel, sino Vesal, el que se hallaba equivocado.

Hay en la colonia del Cabo, cuenta un viagero, Mr. Pucheran, ayudante del Museo de Ciencias naturales de París, que los monos jóvenes de la especie del cynacephalochama, son muy buscados por los habitantes de la ciudad, porque sirven para guardar las casas y avisan cuando llega una persona extraña. Al mandato de su amo traen y llevan los objetos que se les señalan, con la misma docilidad que nuestros perros domésticos; pero para que hagan las cosas hasta el fin, es preciso que la persona que los mande no los pierda de vista, porque á poco que aparte los ojos de ellos, se aprovechan de la ocasion para escapar y dejan caer al suelo el objeto que llevan en las manos. A algunos de ellos se les emplea tambien en trabajos útiles: aqui un herrero se sirve de un chacma para dar al fuelle de su fragua; allí, un campesino hace conducir por medio de una cuerda un par de bueyes uncidos á una carreta, y cuantas veces se trata de atravesar un arroyo, salta el mono sobre uno de los bueyes, se acurruca sobre él hasta que no tema mojarse. Los hotentotes no tocan jamás á las sustancias alimenticias, que no quiera comer un chacma, porque saben que guiado por un instinto infalible, repugna todo lo que

puede hacer daño. Asi nada es mas difícil que envenenar los chacmas, de que quiere uno deshacerse. Uno de estos monos permaneció diez dias sin tocar á la comida que se habia preparado para matarlo.

¿Por qué el hombre no ha pensado mas seriamente hasta ahora en utilizar al mono entre los animales de que se sirve? el mono, en efecto, es mas inteligente que los carnívoros á cuya cabeza es preciso colocar al perro. Además, el mono es un animal sociable. Vive en bandadas que reconocen un jefe frecuentemente el mas viejo aunque haya dejado de ser el mas fuerte, pero por consecuencia de hábitos de familia. El mono macho vive en comunidad de habitacion con una y algunas veces con muchas hembras. ¿Por qué el hombre no se ha valido de los monos para hacerlos servir para sus trabajos? La verdadera razon, tal vez, y triste es decirlo, es que para domar la petulancia y el instinto de independencia en el mono, le hubiera costado al hombre mas trabajo, mas esfuerzo, mas perseverancia que la que ha necesitado para sujetar por la astucia y la fuerza de su voluntad á las inteligencias degradadas de sus propios semejantes, manteniéndolos en un estado inferior al bruto. En las islas de la Sonda, el siervo al hablar del mono dice que es un hombre que prefiera la vida errante de los bosques, á la vida estacionaria de un pobre diablo, sometido á la servidumbre y agoviado de impuestos. En el Brasil, el negro azotado mira al mono y se va murmurando, esa gente no quiere aprender á hablar de miedo de que le hagan trabajar. ¿A qué fin el *Homo sapiens* habia de tratar de reducir á servidumbre al *Homo-troglodita* ó al *Homo-satirus*, cuando tiene bajo su mano su propio hermano, que se resigna á servirle á trabajar por él y á obedecer al golpe de su látigo?

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA SORPRESA DE NAMUR.

#### I.

Terminaban los divinos oficios en la bonita iglesia llamada del Temple, en Valencia, y ya el sagrado recinto se iba desahogando del escusivo gentío que allí estuvo aglomerado durante la funcion. Los caballeros de Montesa á quienes el templo pertenecia, habian celebrado en él una de sus funciones de instituto con toda la pompa y magestad del culto cristiano, y á una solemnidad tan notable por todos conceptos, habian asistido las personas mas distinguidas de Valencia. Entre ellas podia contarse con justa razon á don Carlos de Almenara, jóven de gallarda presencia, que juntamente con sus finisimos modales era lo único ventajoso que poseia, pues en cuanto á los bienes de fortuna, esta habia andado con él sobremano escasa. Si don Carlos no era noble por su alcurnia, lo era por sus prendas y solo le faltaba serlo por su valor. La vista de los caballeros de la órden militar y religiosa con su pintoresco trage, habia enardecido su espiritu, y salia del templo considerando que solo le faltaba ilustrar su nombre, para hacerse

digno de ostentar aquellos honrosos distintivos. De improviso hirió su vista una misteriosa aparicion: entre las personas que aun permanecian en el templo, habia arrodillada junto á uno de los pilares, una jóven en actitud humilde y como arrobada en religiosa contemplacion: un largo, pero trasparente velo, que le caia desde la cabeza, no podia encubrir ni sus bellas formas, ni su talle elegante, en términos que el jóven caballero hubo de quedarse suspenso y de tributar á la criatura la admiracion que en aquel sitio solo debiera tributarse al Criador, y cuando la bella señorita, que advirtió aquella detencion, volvió hácia él sus ojos, el jóven tuvo que sofocar una exclamacion en que iba á prorrumpir, al contemplar su lindo rostro y al sufrir su mirada irresistible. Esperó don Carlos á la puerta de la iglesia y aun se atrevió á dar el agua bendita á la desconocida, que alargó para recibirla una mano tan blanca y tan fina y murmuró las gracias con voz tan dulce y armoniosa que el jóven quedó enteramente prendado de ella. Llegó entonces un señor ya anciano, uno de aquellos caballeros de Montesa que habian figurado en la solemnidad, y dando el brazo á la jóven, ambos desaparecieron, seguidos de algunos fieles servidores.